DE BUONAPARTE

Y

E LOS BORBONES.

DE BUONAPARTE,

DE LOS BORBONES

Y

de la necesidad de unirnos á nuestros legítimos príncipes, para establecer la felicidad de la Francia y la de la Europa.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

Traducida al castellano, por don Ramon Vicente Palero.

UNIVERSIDAD FRANCISCO MARROQUIN
BIBLIOTECA DE JOSE CECILIO DEL VALLE
Guatemala, C.A.

CON LICENCIA.

MADRID. IMPRENTA DE REPULLÉS.

1814.

Omnes boni, quantum in ipsis fuit, Cæsarem occiderunt; aliis animus, aliis occasio defuit voluntas nemini. *Cic. Philippica II.*

Todos los buenos, en quanto estuvo de su parte, concurrieron á la muerte de Cesar; faltó á los unos el ánimo, á otros la ocasion; pero á nadie la voluntad.

Ciceron, Filípica II.

NOTA.

Estando ya en la prensa esta traduccion, llega á mis manos la edicion segunda, que el autor ha hecho en Paris, en cuyo prólogo satisface á algunas observaciones, que sin duda se habian hecho despues que se publicó la primera: por esta causa he suprimido el prólogo que estampó el autor al frente de la primera, y en el mio copio la parte principal de su carta al editor del diario de los Debates, que el mismo autor ha colocado al fin de la edicion segunda: la parte de esfuerzos y de gloria que en esta lucha ha cabido al heróico pueblo español, será tan grata al autor, como es de justicia que yo no la omita.

EL TRADUCTOR

AL PUEBLO ESPAÑOL.

En la sangrienta lucha que empezó hace mas de seis años, fuimos los españoles los que para blason eterno de la España, levantamos los primeros el sagrado estandarte de la libertad de la Europa: en los inmortales campos de Baylen erigimos el altar sobre el que las generaciones pre-

sentes y futuras irian á ofrecer inciensos y sacrificios de reconocimiento y de acciones de gracias á los heróicos manes de los que tan denodadamente redimieron, digámoslo así, al mundo civilizado: las vanderas, á cuya sombra el patriotismo, la religion de nuestros padres, la lealtad, todas las virtudés religiosas, políticas y sociales combatian contra las del ateismo, la perfidia, la barbarie y todos los delitos reunidos, se desplegaron por la primera vez el 19 de julio de 1808; dia el mas memorable en los fastos del género humano, que llevará la gloria de la España, el valor de los andaluces, y el nombre grato del señor Castaños á

las mas remotas generaciones. Allí el grande Alexandro de los siglos modernos, allí el virtuoso Francisco II de Lorena, allí el heredero de las virtudes del gran Federico, allí en fin todos los soberanos de la gran familia europea, vieron el modelo que habian de imitar, las huellas que seguirian algun dia.

Los españoles desde el 20 de mayo de 1808, empezaron á manifestar á la Europa los atroces delitos del nuevo Atila, que sobrepujaban á los que la historia nos ha transmitido de Caligula y de Neron; las plumas elocuentes de los españoles empezaron á presagiar al mundo los horrores y desastres que le amenaza-

ban, sin que ni las amenazas, ni las promesas, ni la inmediacion al enemigo, ni el aparato de su poder, de sus bayonetas, de sus puñales, de sus verdugos, y sus espías fueran capaces de arredrarlos, ni de apartarlos de la noble empresa que concibieron: los españoles anunciaban ya entonces en profecía, lo que seis años de dolorosas experiencias han demostrado despues, llevando la desolacion, el incendio y la muerte, desde las columnas de Hércules, hasta las orillas del Don y el Neva.

Muchas veces el gobierno español, corriendo el velo á la impostura del usurpador, descubria á la faz del mundo los actos de

perfidia, de demencia y de crueldad del tirano de la Francia, y haciendo justicia á las virtudes del pueblo frances, le ponia delante de los ojos las mas ocultas tramas del monstruo que arrastraba de los cabellos al gefe venerable de la Iglesia, que le habia ungido en el santuario: los españoles, desde el primer momento de la agresion de su territorio, indicaban á los franceses el camino de la gloria, para que arrojasen al usurpador del trono de los Borbones.

Su refinada perfidia, apenas permitia suspirar libremente á los virtuosos franceses; la mas detestable policía oponia un muro de bronce á los esfuerzos de la leal-

tal de los escritores de aquella nacion.

Francisco Augusto de Chateaubriand, tan benemérito de la religion y bellas letras, como de la patria, vió el momento feliz, destinado por la Providencia, para limpiar la tierra del monstruo opresor de la humanidad, y se apresuró, sin reparar en los riesgos que corria, á aprovecharle para fixar la opinion de sus compatriotas, en el momento decisivo que una vez malogrado, envolveria sin remedio al linage humano en el turbillon desastroso de tan maléfico cometa: la pintura que hace este célebre literato de los horrores que constituian el despotismo de Buonaparte, y del

interés general con que la Europa debe sostener los derechos de la familia, casi divina de los Borbones, es tan patética y elocuente, como interesante: la Europa culta la leerá con el mismo interés que la Francia, que en ocho dias devoró los diez mil exemplares de la edicion primera.

«Era muy natural, dice el »autor en su carta al editor del »diario de los Debates, que en »los primeros momentos de nues»tra libertad excitasen exclusiva»mente los raptos de nuestro re»conocimiento los augustos prín»cipes que vimos los primeros »dentro de nuestras murallas: nos »habia deslumbrado justamente

»la magnanimidad de Alexandro,
»y del sucesor del gran Federico.
»Del mismo modo nuestras mira-
»das se fixaban con admiracion
»y ternura en el generalísimo
»Austriaco que nos recordaba la
»grandeza del sacrificio de su vir-
»tuoso y digno Soberano. Los
»otros príncipes que componen
»la liga santa, serán eternamente
»caros á la Francia por el amor
»que profesan á nuestro Rey, y
»por el aborrecimiento que tie-
»nen al tirano.

»Pero ningun frances ha olvi-
»dado lo que debe al príncipe
»reynante de Inglaterra, y al
»pueblo noble, que tanto ha con-
»tribuido á nuestra libertad. Las
»vanderas de Isabel que tremo-

»laban en los exércitos de Hen-
»rique IV, se descubren en los
»batallones que nos vuelven á
»Luis XVIII. Sensibles á la gloria
»en demasía admiramos al Lord
»Wellington, que recuerda del
»modo mas expresivo las virtu-
»des y talentos de Turena. ¿No
»nos arranca lágrimas el consi-
»derar á este hombre verdadera-
»mente grande, prometiendo dos
»guineas por cada prisionero fran-
»ces que le presentáran vivo, al
»tiempo de nuestra retirada de
»Portugal? Al entrar en nuestras
»provincias ha podido suspender,
»como por milagro, el resen-
»timiento de los portugueses, y
»la venganza de los españoles:
»baxo de sus vanderas la pri-

»mera voz de *viva el Rey*, ha »despertado nuestra desgraciada »patria, &c."

Esta carta justifica bastante el descuido de no haber hecho mencion en esta obrita del valor de los exércitos aliados del medio dia, de su invicto general, ni de las tropas inglesas, portuguesas y españolas que con las victorias señaladas de Salamanca y de Vitoria, hicieron pedazos los tratados de Moskow y de Praga, que hubieran atado al género humano para siempre al carro del usurpador. La guerra impía de España, segun la llama el señor Chateaubriand, fixó, desde el 7 de junio de 1808 en que la declaró la junta suprema de Sevilla,

y el 19 de julio en que el excelentísimo señor general Castaños ganó la batalla mas decisiva que se ha dado en los siglos modernos, los destinos de la tierra.

Si en esta traduccion he conservado la fuerza de las ideas, y la valentía de los pensamientos, sin apartarme de la letra del original, me daré por satisfecho, por mas que no aparezca la elocuencia masculina de uno de los primeros escritores de la Francia.

La precipitacion con que se ha hecho, para publicarla antes que los exércitos aliados evacuen el medio dia de la Francia, y tengan el placer de poderla leer; la necesidad de servirme de ope-

rarios que ignoran la lengua española, serán causa de muchas faltas de ortografia insuperables en tales circunstancias.

Tolosa 10 de mayo de 1814.= *Ramon Vicente Palero.*

PREFACIO
DE LA SEGUNDA EDICION.

Todavía duraba el fuego en Montmartre quando el impresor que, como yo, se sacrificaba á la causa del Rey, vino en busca del manuscrito de esta obra. Buonaparte estaba en Fontainebleau con 50 á 600 hombres: nada se habia decidido aun sobre la suerte de la casa de Borbon. Solo una precipitada huida me podia salvar en el caso de un reves. Es verdad que despues del asesinato del duque de Enghien estaba acostumbrado á todos los riesgos de la fortuna: no dexaba de llenar lo que me parecia mi obligacion, por mas que á cada seis meses me viera amena-

zado de ser pasado por las armas, acuchillado ó encerrado por el resto de mis dias. Ultimamente en las circunstancias apuradas en que escribia era natural que mi ánimo no estuviera tan desembarazado que pudiera guardar todos los miramientos: nadie piensa en el campo de batalla en tirar conforme á reglas. Esperaba que tratándose de un asunto tan esencial y general, se me hubieran disimulado algunas inexâctitudes inevitables en un trabajo acabado entre el ruido del cañon, y sobre la brecha.

Por lo demas satisfaré á todo.

Algunos errores de hechos, fechas y lugares, que se habian escapado en la primera edicion de esta obra, se han corregido en la segunda.

Los italianos quisieran que yo no confundiese la Córcega con la Italia, citan al intento un proverbio italiano, injurioso á la patria

de Buonaparte: es bien claro que no he atacado ni la Córcega, ni la Italia en general; siempre es absurdo culpar á las naciones de los delitos particulares de algunos individuos: si la Córcega dió á luz á Bonaparte, la Francia se la dió á Robespierre: familias grandes y esclarecidas, hombres célebres por su energía y talentos, han salido de esta isla famosa en nuestros dias. ¿No debió en parte Henrique IV al primer mariscal Ornano la sumision del Delfinado? Uno de los compatriotas de Buonaparte (1) es en el dia de los que mas han contribuido con su paciencia, su firmeza, su valor y espíritu al restablecimiento de la monarquía francesa.

Por lo que respeta á las cala-

---

(1) *El señor Porzo de Borgho.*

midades que los franceses en todos tiempos derramaron sobre la Italia, y á las desgracias que la Francia ha sufrido baxo el gobierno de los italianos, son hechos consignados en la historia; pero nada debe inferirse de ahí contra los italianos, ni los franceses. Puede suceder muy bien que dos pueblos dotados ambos de raras qualidades no tengan entre sí simpatía alguna, como los atenienses y los espartanos. ¡Quién es mayor admirador que yo de la hermosa Italia! Mi carta sobre Roma es buena prueba. Soy acaso el primer frances que haya hecho toda justicia al ingenio de los italianos. ¿No podriamos quejarnos con mas justicia si recordásemos lo que Alfierí dixo de los franceses? No tiene, pues, fundamento esta quejilla. El artista, el poeta y el guerrero deben respetar la patria de Rafael, del Tasso y de Montecuculi. He

dicho, y lo repito, Roma es el parage de la tierra despues de la Francia, donde prefiriera vivir y morir.

Ultimamente, al hablar de la instruccion pública deberia haber pagado el justo tributo á los miembros de la Universidad, puesto que, en lugar de favorecer los principios del gobierno, hacian los mayores esfuerzos para detener el mal. La verdad es, que nunca creí que se pudieran concebir sospechas de mí en esta parte. ¿No sabe todo el mundo mi amistad con el señor Fontanes? Es muy raro que amemos al que admiramos: hace mucho tiempo que tengo esta fortuna..... Los consiliarios de la Universidad son de los hombres mas distinguidos por sus talentos, sus virtúdes y sus luces: entre este número tengo tambien el honor de contar á los señores obispos de Alais y de Casal, á los señores

Bonald, Joubert, Langeac, Guenau, &c. Al frente de los Lyceos y de las escuelas, se notan multitud de profesores tan sabios, como ilustrados. Es, pues, constante que hablando de los diversos ramos de gobierno, solo he querido combatir la *administracion* de Buonaparte; pero no los administradores. Los hombres respetables que acabo de citar se lamentaban de los principios en que la tiranía procuraba imbuir la juventud. ¡Quántas veces han sido denunciados como fanáticos, enemigos de las luces, partidarios ocultos de los *Borbones!* Pero estas persecuciones tan honrosas á los miembros de la Universidad, son al mismo tiempo una prueba de la verdad de mis pinturas (1).

---

(1) *Muchos me han escrito, enviándome pormenores monstruo-*

¡Dichoso mil veces si esta obra ha hecho algun bien, si ha servido para rasgar el velo que cubria tan odiosa tiranía! Por lo demas los *últimos momentos* de Buonaparte justifican bastante la opinion que yo tenia de este hombre. Tiempo hace que habia previsto que no acabaria con honor; pero confieso que ha sobrepujado mi esperanza. No ha conservado en su abatimiento sino su carácter cómico é imitador: hace ahora el papel del hombre de sangre fria é indiferen-

---

sos sobre muchos ramos de la administracion: me acusan de haber sido débil, *y no haberlo* dicho todo. *Agradezco la buena intencion de estas personas; pero no es aun el tiempo de componer toda la historia de Buonaparte; y este papel es ya bastante largo.*

cia, se representa á sí mismo: habla de sí como de un extraño; de su caida como de un accidente sucedido á su vecino; discurre sobre lo que los Borbones deben temer ó esperar: ahora es Sylla ó Diocleciano, el que antes era Alexandro ó Carlo Magno. Aparenta ser insensible á todo, y acaso lo será realmente: un género de contento se descubre sin embargo en medio de su apatía; se conoce que se tiene por feliz, conservando la vida. No le envidiemos esta felicidad; el que causa compasion es poco temible.

DE BUONAPARTE

Y

DE LOS BORBONES.

No, no creeré jamas que escribo sobre el sepulcro de la Francia; no puedo persuadirme que á los dias de la venganza no hayan de suceder los de la misericordia. El antiguo patrimonio de los Reyes cristianísimos no puede dividirse; no perecerá este reyno que Roma agonizante dió á luz enmedio de sus ruinas como último ensayo de su grandeza. No son solo los hombres los que han guiado los acaecimientos de

que somos testigos; en todo se descubre la mano visible de la Providencia; el mismo Dios marcha claramente al frente de los exércitos, y preside al consejo de los Reyes. ¿Y cómo explicar de otra manera la elevacion prodigiosa y la caida mas prodigiosa todavía de aquel que poco hace hollaba el mundo entero? Apenas hace diez y seis meses que estaba en Moskou, y ya los rusos se hallan en París; desde las columnas de Hércules hasta el monte Caucaso, todo temblaba entonces baxo sus leyes, y ahora se halla fugitivo, errante y sin asilo: su poder salió de madre como el fluxo del mar, y se retiró como el refluxo.

¿Cómo explicaremos las faltas de este insensato? No hablamos todavía de sus delitos.

Una revolucion, que la corrupcion de nuestras costumbres y los estravíos de nuestro entendimiento habian preparado, rompe entre nosotros. La

religion y la moral vienen al suelo en el nombre de las leyes; renunciamos á la experiencia y á las costumbres de nuestros padres; rompemos los sepulcros de nuestros mayores, única base sólida de todo gobierno, para fundar sobre la incertidumbre de la razon una sociedad sin apoyo en lo pasado ni en lo venidero. Errantes en medio de nuestras locuras, habiendo perdido toda idea clara de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, recorrimos las diversas formas del gobierno republicano. Llamamos al populacho para que en medio de las calles de París, deliberára sobre los grandes objetos para cuya discusion el pueblo romano se reunia en el foro, despues de haber depuesto las armas y bañádose en las corrientes del Tiber. Entonces salieron de sus cuevas todos aquellos Reyes medio encueros, asquerosos y embrutecidos por la indigencia, deformes y mutilados por los trabajos, cuya vir-

tud no era otra que la insolencia de la miseria, y el orgullo de los andrajos. La patria en tales manos se vió al instante cubierta de llagas. ¿Qué es lo que nos queda de nuestras quimeras y furores? Delitos y cadenas.

Pero al menos, la voz que entonces nos guiaba parecia noble. No debemos acusar la libertad de los delitos que se cometen en su nombre; la verdadera filosofia no es la madre de las doctrinas emponzoñadas que difunden los pretendidos sabios. Ilustrados por fin con la experiencia, conocimos que el gobierno monárquico era el único que podia convenir á nuestra patria.

Hubiera sido natural llamar á nuestros legítimos príncipes; pero creimos que nuestros delitos eran tan grandes, que no podian ser perdonados. No reflexîonamos que el corazon de un hijo de san Luis, es un tesoro inagotable de misericordia: temian

unos perder la vida, otros las riquezas: sobre todo era durísimo para el orgullo del hombre, confesar que se habia engañado. ¡ Tantas muertes, tantos trastornos, tantas desgracias para volver al punto de donde partimos! Las pasiones todavía desencadenadas, las pretensiones de toda especie, no podian renunciar á la igualdad quimérica, causa principal de nuestros males. Razones poderosas nos movian, otras especiosas nos detuvieron; sacrificamos la felicidad pública al interés personal, y la justicia á la vanidad.

Fué necesario pensar en establecer un gefe supremo, que fuese hijo de la revolucion, un gefe que por medio de leyes corrompidas en su orígen, protegiera la corrupcion, é hiciera alianza con ella. En medio de nuestras discordias no habian dexado de formarse magistrados íntegros, firmes, de teson, capitanes famosos, tanto por su providad, como

por sus talentos; pero nos guardamos bien de ofrecerles un poder que sus principios no les hubieran permitido aceptar. Desesperamos de encontrar entre los franceses una frente tan atrevida que se ciñese la corona de Luis XVI: presentóse un extrangero, y fué aclamado.

No anunció Buonaparte sus proyectos al principio abiertamente: poco á poco fué descubriendo su carácter; primero, con el título modesto de cónsul acostumbró á las almas independientes á no asustarse del poder que le habian conferido: conciliióse á los verdaderos franceses, proclamándose restaurador del órden, de las leyes y de la religion: engañáronse los que mas preveian, cayeron en el lazo los mas sabios. Los republicanos miraban á Buonaparte como su obra, como el gefe popular de un estado libre: los realistas se figuraban que hacía el papel de Monck, y se apresuraban á servirle: todos fixaban

en él sus esperanzas. Ruidosas victorias, debidas al valor frances, le rodearon de gloria; embriagóse entonces con la prosperidad, y empezó á manifestar su propension al mal. Dudará la posteridad si este hombre es mas culpable por los males que ha hecho, que por los bienes que dexó de hacer pudiendo. Jamas hubo usurpador que con mas facilidad pudiera hacer papel mas brillante: con una poca de moderacion hubiera establecido su familia en el primer trono del universo que nadie le disputaba. Generaciones venidas al mundo durante la revolucion, no conocian á nuestros antiguos Reyes, no habian presenciado sino turbulencias y desgracias: la Francia y la Europa cansadas, no suspiraban sino es por la tranquilidad, que compráran á qualquier precio; pero no quiso Dios dar al mundo el pernicioso exemplo de que un aventurero turbára el órden de las sucesiones reales, y haciéndose

heredero de los héroes, se aprovechára en un solo dia de los despojos del ingenio, de la gloria y de los tiempos. Un usurpador á quien faltan los derechos de la cuna, solo con sus virtudes puede legitimar su pretension al trono; á Buonaparte le faltaba todo, menos los talentos militares, en los que muchos de nuestros generales le igualaban, sino le excedian: bastádole ha á la Providencia para perderle con abandonarle y entregarle á su locura.

Un Rey de Francia decia, que si la buena fé llegára á desaparecer de entre los hombres, deberia encontrarse en el corazon de los Reyes: esta dote indispensable á un Rey, faltó principalmente á Buonaparte. La primera víctima conocida de la perfidia del tirano, fué un gefe realista de la Normandía: M. de Frotté concurrió con una confianza noble é imprudente, á una conferencia á que le arrastró baxo la garantía de

su palabra; le hizo prender y arcabucear: poco tiempo despues arrebató traidoramente de América á Toussaint-l'Ouverture, que sufrió el garrote en el castillo de Europa en que le habia encerrado.

Otra muerte mas ruidosa prosternó al instante al mundo civilizado: creimos ver renacer aquellos tiempos de barbarie de la edad media, aquellas escenas que no se encuentran sino en los romances, aquellas catástrofes que las guerras civiles de Italia, y la política de Maquiabelo hicieron familiares del otro lado de los Alpes. El extrangero, que todavía no era Rey, quiso hacer del cadáver ensangrentado de un frances la gradería del trono de Francia. ¡Y de qué frances, Dios mio! Todo lo violó para cometer este delito; derecho de gentes, justicia, religion, humanidad. Prende al duque de Enghien en plena paz, en pais extraño; le arrebata del palacio de Offembourg. Como este príncipe salió muy jóven de

Francia, no conocia bien el pais: desde el fondo de una silla de posta, guardado por dos gendarmes, vé por la primera vez el suelo pátrio, y atraviesa para ir á morir, los campos que habian ilustrado sus abuelos. A media noche llega á la torre de Vincennes. El nieto del gran Condé, baxo las bóvedas de una prision, al resplandor de unas lámparas es declarado reo *de haberse presentado en los campos de batalla*; convencido de este delito hereditario, es condenado al instante. En vano pide hablar á Buonaparte (¡ó sencillez tan tierna como heróica!): el valiente jóven era uno de los mas grandes admiradores de su asesino; no podia creer que un capitan quisiera asesinar á un soldado. Extenuado de hambre y de fatiga le obligan á baxar á un barranco cerca del castillo; allí encuentra un foso recienhecho; le despojan de sus vestidos, le cuelgan del pecho un farol para distinguirle mejor en las tinieblas, y dirigir con mas acierto la

bala al corazon: quiere regalar el relox á sus verdugos, les suplica que lleven á sus amigos las últimas prendas de su memoria; y es insultado groseramente: á la señal de fuego, el duque de Enghien muere sin testigos, sin consuelo, enmedio de su patria, á pocas leguas de Chantilly, á pocos pasos de aquellos árboles viejos, baxo cuya sombra san Luis administraba justicia á sus vasallos: en la prision en que M. le Prince fué encerrado, muere el jóven, el hermoso, el valiente, el último bástago del vencedor de Rocroy como hábria muerto el gran Condé, y como no morirá su asesino: su cuerpo es enterrado furtivamente, sin que pueda renacer Bossuet para hacer el elogio fúnebre sobre sus cenizas.

No le queda otro arbitrio al que con tal delito ha degradado la especie humana, que el de afectarse superior á la humanidad por sus designios, que el de dar por pretexto de su atentado razones innaccesibles al

vulgo, y presentar este abismo de iniquidad como la obra mas profunda del ingenio. Buonaparte afectó aquella despreciable seguridad que á nadie engaña, y que no equivale á un sencillo arrepentimiento: no pudiendo ocultar lo que habia hecho, lo publicó.

Quando se oyó gritar en París la sentencia de muerte, nadie pudo disimular el horror que le causaba; se preguntaban unos á otros ¿con qué derecho un corso acababa de derramar la mas hermosa y la mas pura sangre francesa? ¿Creía reemplazar con su raza medio africana la familia francesa que acababa de extinguir? Los militares sobre todo se extremecieron; el nombre de Condé les parecia su propiedad, y que les representaba el honor del exército frances. Muchas veces nuestros granaderos habian encontrado en los combates las tres generaciones de héroes, al príncipe de Condé, al duque de Borbon, al duque de Enghien,

y aun habian herido al segundo; pero la espada de un frances no podia extinguir esta noble sangre, solo un extrangero debia secar su manantial.

Cada nacion tiene sus vicios, los de los franceses no son la traicion, la negrura, ni la ingratitud. La muerte del duque de Enghien, la tortura y el asesinato de Pichegrú, la guerra de España, y la cautividad del Papa, descubren la raza extrangera de Buonaparte. A pesar de las cadenas que arrastrábamos, tan sensibles á las desgracias como á la gloria, lloramos al duque de Enghien, á Pichegrú, á Georges y á Moreau; admiramos á Zaragoza, rendimos homenages al Pontifice cargado de cadenas. ¿Creyó acaso alcanzar una nueva victoria, el que privó de sus estados al sacerdote venerable que le habia puesto la corona en la cabeza? El que en Fontainebleau se atrevió á poner sus manos en el soberano Pontífice, y arrastrar por las canas al Padre de sus fieles, ¿no sabia que al

heredero de Jesucristo le quedaban el cetro de caña, y la corona de espinas, que tarde ó temprano triunfan del perverso?

Llegará un dia en que los franceses libres declaren solemnemente que no han tenido parte en estos delitos de la tiranía, que la muerte del duque de Enghien, la cautividad del Papa y la guerra de España, son actos impíos, sacrílegos, y sobre todo anti-franceses, cuya vergüenza no debe pesar sino es sobre la cabeza del extrangero.

Aprovechóse Buonaparte del pasmo en que el asesinato de Vincennes los sumergió, para dar el último paso, y sentarse en el trono.

Entonces empezaron las grandes saturnales de la monarquía: los delitos, la opresion, la esclavitud, iban á la par de la locura. Toda libertad espira, todo afecto honrado, todo pensamiento generoso se canonizan de conspiracion contra el estado. El que habla de virtud es sospechoso,

el que alaba una bella accion comete una injuria contra el príncipe: las palabras mudan de acepcion; el pueblo que combate por sus legítimos soberanos, es rebelde; el traidor es vasallo fiel; el suelo entero de la Francia se transforma en el imperio de la mentira; diarios, folletos, discursos, prosa, versos, todo disfraza la verdad: quando llueve se asegura que hace sol claro: si el tirano se pasea entre el silencio del pueblo, se escribe que ha atravesado por entre las aclamaciones de la multitud. No hay mas objeto que el príncipe, la moral consiste en sacrificarse á sus caprichos, los deberes en alabarle: sobre todo es preciso redoblar la admiracion quando comete alguna falta ó delito: se obliga á los literatos á fuerza de amenazas á que celebren al déspota; tranxîgen, capitulan sobre los grados de alabanza que se le han de prodigar: felices quando á costa de algunos lugares comunes sobre la gloria de las armas, compra-

ban el derecho de algunos suspiros, el de denunciar algunos delitos, ó de recordar algunas verdades proscriptas. Ningun libro podia vér la luz pública sin llevar como sello de la esclavitud algun elogio de Buonaparte: en las nuevas ediciones de los autores antiguos la censura mandaba suprimir quanto contenian contra los conquistadores, la servidumbre y la tiranía; así como el directorio tuvo designio de hacer corregir en los mismos autores quanto decia relacion á la monarquía ó á los Reyes. Los almanakes se exâminaban con cuidado, y la conscripcion formaba un artículo de fé del catecismo. La misma esclavitud habia en las artes: si Buonaparte envenena á los apestados de Jaffa, un cuadro le representa tocandolos por exceso de valor y de humanidad: no era así como san Luis curaba los enfermos que la confianza tierna y religiosa elevaba á sus reales manos. Por lo demas, no hablemos de opinion pública; la máxîma es que el sobera-

no debe disponer de ella todas las mañanas. En la policía perfeccionada por Buonaparte habia una comision encargada de dirigir el espíritu público, y á su frente un director de la opinion pública. Los dos grándes medios de mantener el pueblo en el error eran la impostura y el silencio. ¿Creeis por ventura que si vuestros hijos mueren en el campo de batalla, se tomen el trabajo de deciros lo que se ha hecho de ellos? Os callarán los sucesos mas importantes á la patria, á la Europa y al mundo entero. Si los enemigos están en Meaux, no lo sabreis sino por los fugitivos de los campos: os rodearán de tinieblas, se burlarán de vuestras inquietudes, se reirán de vuestros dolores, despreciarán lo que podeis sentir ó pensar. Si quereis levantar la voz, una espía os denuncia, un gendarme os prende, una comision militar os juzga, os levantan la tapa de los sesos y os olvidan.

No bastaba encadenar los padres

sin disponer tambien de los hijos. Hemos visto madres venir corriendo de las extremidades del imperio á reclamar, anegadas en lágrimas, los hijos que el gobierno les habia arrebatado: estos hijos estaban colocados en escuelas en que al son de las caxas aprendian la irreligion, el libertinage, el desprecio de las virtudes domésticas, y la obediencia ciega al soberano. Si sabios y dignos maestros se atrevian á recordar la antigua experiencia y las lecciones de la moral, eran al instante delatados como traidores, fanáticos, enemigos de la filosofia y del progreso de las luces. Buonaparte calificaba de abuso y preocupacion la autoridad paterna, respetada de los mas horrorosos tiranos de la antigüedad: queria hacer de nuestros hijos una especie de mamelucos sin Dios, sin familia, ni patria: parece que este enemigo de todo, tuvo empeño en destruir la Francia por sus fundamentos; corrompió mas los hombres, hizo mas mal al género

humano en el corto espacio de diez años, que todos los tiranos de Roma, desde Neron hasta el último perseguidor de los cristianos. Los principios que eran la base de su administracion, se difundian de su gobierno á las diferentes clases de la sociedad; porque un gobierno perverso introduce el vicio en los pueblos, así como un gobierno sabio hace fructificar la virtud. Desde el trono al seno de las familias descendian la irreligion, el gusto de los goces, y de gastos superiores á la fortuna, el desprecio de los vínculos morales, el espíritu de aventuras, de violencia y de dominacion; con poco tiempo mas de un tal reynado, la Francia no hubiera sido mas que una caberna de vandoleros.

Los delitos de nuestra revolucion republicana eran la obra de las pasiones que dexan siempre recursos; la sociedad estaba desordenada, pero no destruida; la moral corrompida, pero no aniquilada: la conciencia te-

nia sus remordimientos; la indiferencia destructora no confundia al inocente con el culpable; así que, las desgracias de aquellos tiempos, se hubieran reparado muy pronto. Pero, ¿cómo curar las llagas hechas por un gobierno que sentaba como principio el despotismo, que con sus instituciones y su desprecio destruia sin cesar la moral, y la religion, al tiempo mismo que las inculcaba, y que no procuraba fundar el órden en el deber y la ley, sino en la fuerza y en los agentes de policía? ¿qué equivocaba el estupor de la esclavitud con la paz de una sociedad bien arreglada, y fiel á las costumbres de sus padres, que camina en silencio por las sendas de las antiguas virtudes? Las mas terribles revoluciones deben preferirse á este estado. Si las guerras civiles producen los delitos públicos, al menos dan á luz virtudes privadas, talentos y grandes hombres: el despotismo hace desaparecer los imperios abusando de

todos los medios, matando mas bien las almas que los cuerpos, y acarrea, tarde ó temprano, la disolucion y la conquista. No hay exemplar de que una nacion libre haya perecido por una guerra civil; un estado agoviado de convulsiones intestinas, siempre se levanta mas floreciente.

Se ha alabado la administracion de Buonaparte: si la administracion consiste en cifras, si para gobernar bien un estado, basta saber el trigo, vino y aceite que produce una provincia, quál es el último ochavo que se puede sacar de contribucion, quál el último hombre de leva; era ciertamente Buonaparte un grande administrador; es imposible organizar mejor el mal, ni ordenar mas bien el desórden; pero si la mejor administracion es la que dexa al pueblo en paz, la que alimenta los afectos de justicia y de piedad, la que economiza la sangre humana, la que respeta los derechos de los ciudadanos, las propiedades y las

familias, el gobierno de Buonaparte era ciertamente el peor de todos.

¡Qué de faltas y errores en su propio sistema! La mas dispendiosa administracion consumia una parte de las rentas del estado: exércitos de guardas, de administradores, devoraban los impuestos que debian recaudar: no habia gefe de oficina que no tuviera cinco ó seis oficiales: parecia que Buonaparte habia declarado la guerra al comercio: si algun ramo de industria nacia en Francia, al instante se apoderaba de él, y lo secaba entre sus manos: tabacos, salinas, lanas, géneros coloniales, de todo hacía un odioso monopolio; era el único comerciante de su imperio. A fuerza de combinaciones absurdas, ó por decirlo mejor, de ignorancia y decidido aborrecimiento á la marina, habia acabado de perder nuestras colonias y de aniquilar nuestra marina: construia navíos de línea que se pudrian en los puertos, ó que él mismo desarmaba para ocurrir á las ne-

cesidades de su exército de tierra. Cien fragatas diseminadas en todos los mares, hubieran podido causar un daño considerable al enemigo, formar marineros á la Francia, y proteger nuestros mercantes; pero estas primeras nociones del buen juicio no entraban en la cabeza de Buonaparte. No se deben á sus leyes los progresos de nuestra agricultura, sino á la subdivision de propiedades, á la abolicion de algunos derechos feudales, y á muchas otras causas hijas de la revolucion; este hombre inquieto y caprichoso fatigaba sin cesar á un pueblo que solo necesitaba de reposo, con decretos contradictorios ó imposibles de executar; violaba por la tarde la ley que habia promulgado por la mañana. En diez años devoró los impuestos de 15ⓓ millones de pesetas (1), suma que

(1) Todos estos cálculos no son mas que aproxîmativos; no pretendo presentar una cuenta rigurosa por francos y centési-

excede las contribuciones de los setenta años del reynado de Luis XIV. No le bastaban los despojos del mundo, ni los 1,500 millones anuales de renta: no se ocupaba mas que de engruesar su tesoro con iniquas medidas. Todo prefecto, subprefecto, corregidor podia aumentar los derechos de entrada de las ciudades, añadir centésimos á las de las aldeas, villas y cabañas, pedir á qualquiera propietario una cantidad arbitraria para alguna aparente necesidad: la Francia entera se hallaba en estado de saqueo. Las enfermedades, la indigencia, la muerte, la educacion, las artes, las ciencias, todo pagaba su tributo al príncipe. Si teniais un hijo estropeado, mutilado, incapaz de servir, la ley de la conscripcion os hacía pagar 1,500 pesetas para consuelo de vuestra desgracia. Acontecia á veces que el conscripto en-

mos; basta para lo que quiero probar el haberme quedado corto.

fermo se moria antes que el capitan de reclutas le hubiera reconocido. ¿Creéis que por eso el padre se exîmia del pago de las mil y quinientas pesetas? De ninguna manera; si la declaracion de enfermo se habia hecho antes de que muriese, con tal de que estuviera vivo al tiempo de la declaracion, se obligaba al padre á contar la cantidad sobre el sepulcro de su hijo. Si un pobre quería educar su hijo, debia pagar ciento y ocho pesetas á la Universidad, y añadir un reconocimiento á la pension pagada al maestro. Si un autor moderno citaba á otro autor antiguo, la censura le exîgia cinco sueldos por cada línea, á pretesto de que las obras del difunto se habian convertido en lo que llamaban *dominio público.* Si se traducia citando, se pagaban dos sueldos y medio por línea, porque entonces la cita era de *dominio mixto*, y pertenecia la mitad al trabajo del autor vivo, y la otra mitad al autor difunto. Quando Buo-

naparte, en el invierno de 1811, hizo distribuir alimentos á los pobres, creyeron todos que hacia esta generosidad con su bolsillo, pero impuso centésimos adicionales, y ganó quatro millones en la sopa de los pobres. Le hemos visto, en fin, apoderarse de la administracion de los fuerales; era digno del destructor de los Franceses imponer tributos sobre sus cadáveres. ¿Y cómo habriamos reclamado la proteccion de las leyes, quando él era quien las hacia? Una sola vez se atrevió á hablar el cuerpo legislativo, y fue disuelto.

Un solo artículo de los nuevos códigos destruía de raíz la propiedad: qualquiera administracion de bienes nacionales podia decirnos: "Vuestra „propiedad es dominical ó nacional; „la secuestro provisionalmente; id á „pleitearla: si los bienes nacionales no „tuvieren justicia, se os volverá." ¿Y ante quién deduciais vuestra accion? ¿Ante los tribunales ordinarios? De ningun modo: estas causas se re-

servaban al consejo de estado, se veían delante del Emperador, juez y parte á un tiempo.

Si la propiedad no estaba segura, lo estaba menos todavia la libertad civil. ¿Qué cosa mas monstruosa que la comision encargada de la visita de las cárceles, por cuya sola relacion qualquier ciudadano podia ser sepultado toda su vida en los calabozos, sufrir el tormento, ser arcabuceado una noche; ó ahorcado en qualquiera rincon sin instruccion de proceso, sin sentencia? En medio de esto Buonaparte hacia nombrar todos los años comisiones encargadas de la libertad de la imprenta y de la individual. Tiberio no llegó á burlarse jamas de esta manera del género humano.

En fin, la conscripcion ponia el sello á todos los actos de despotismo. La scandinabia, á quien un historiador llama *la fábrica del género humano*, no hubiera podido dar bastantes hombres á esta ley homicida. El código de la conscripcion será un mo-

numento eterno del reynado de Buonaparte; reune todo quanto la mas discursiva é ingeniosa tiranía puede imaginar para atormentar y devorar los pueblos; era un verdadero código infernal. Se habia arreglado la *poda* de las generaciones de la Francia, como se arregla la de los árboles de un bosque; cada año se talaban 80② hombres, que absorvia la mortandad arreglada; pero muchas veces se doblaba ó aumentaba la conscripcion con levas extraordinarias; otras devoraba de ante mano las futuras víctimas, á la manera que un disipador toma prestado sobre las rentas no vencidas: últimamente se tomaba sin contar; no se atendia ni á la edad legal, ni á las cualidades precisas para morir en el campo de batalla; la ley era indulgentísima en esta parte, ya subiese hácia la infancia, ya descendiese á la decrepitud: los reformados y reemplazados se volvian á enganchar; tal vez se obligaba á marchar al hijo de un pobre artesano, que se habia

reemplazado hasta tercera vez á costa de la escasa fortuna de su padre. Ni enfermedades, ni achaques, ni defectos corporales salvaban á nadie: columnas movibles recorrian nuestras provincias como país enemigo, para arebatar al pueblo sus últimos hijos: si nos quexábamos de estos destrozos, nos respondian que los hermosos gendarmes de que se componian las columnas movibles, consolarian á las madres volviendoles con usura lo que perdian: el hermano presente respondia del que se habia ausentado, el padre del hijo, la muger del marido; se estendia la responsabilidad á los parientes mas lejanos; y aun á los vecinos. Todos y cada uno de los habitantes de cada aldea respondian *in solidum* por el conscripto nacido en ella: se enviaban plantones á el aldeano para que los mantuviera, aunque fuese á costa de vender su propia cama, todo el tiempo que tardára en encontrar á el conscripto oculto en los bosques. Los

desatinos igualaban á la atrocidad. ¡Quán as veces se reclamaban los hijos de aquellos que felízmente no los habian tenido! Se empleaba la violencia en descubrir un nombre que solo exîstia en las listas de los gendarmes, ó un conscripto que hacía cinco ó seis años que servia. Mugeres embarazadas han sufrido el tormento para obligarlas á revelar en donde habian ocultado al primogénito de sus entrañas; hubo padres que presentaron el cadaver de su hijo para probar que no vivia. Exîstian todavia algunas familias ricas, cuyos hijos, habiendose reemplazado, aspiraban á ser un dia magistrados, administradores literatos ó propietarios, tan útiles al órden social de un pais extenso; el decreto de los guardias de honor los arrastró a la general carnicería. Era tal el desprecio de la vida de los hombres y de la Francia, que se daba á los conscriptos el nombre de *materia primera*, y *de carne de cañon.* Los proveedores de carne humana discu-

tieron muchas veces quanto tiempo *duraba* un conscripto; unos pretendian que treinta y seis meses, otros treinta y tres; el mismo Buonaparte decia: "*Tengo 300ⓓ hombres de renta.*" Ha hecho perecer en los 11 años, mas de cinco millones de Franceses, suma que excede la que nuestras guerras civiles consumieron en tres siglos, baxo los reynados de Juan y Carlos V, de Carlos VI y VII, de Henrique y Francisco II, de Carlos IX, de los Henriques III y IV.

En los doce últimos meses que han transcurrido, Buonaparte ha levantado un millon y 300ⓓ hombres (sin contar la guardia nacional) que corresponde á mas de 100ⓓ hombres por mes: sin embargo se han atrevido á decirle que no habia consumido sino el luxo de la poblacion.

Era facil de preveer lo que ha sucedido; todos los sabios decian que la conscripcion, consumiendo la Francia, la expondria á ser invadida en el momento que fuese atacada séria-

mente. Este cuerpo sin sangre, sangrado hasta la extincion por su verdugo, apenas ha podido hacer una débil resistencia; pero la pérdida de hombres no era el mayor mal de la conscripcion; nos encaminaba y amenazaba á la Europa entera á volver á caer en la barbarie: la conscripcion destruia sin remedio los oficios, las artes y las letras: un joven que debe morir á 18 años, no puede dedicarse á oficio alguno: las naciones vecinas, obligadas á recurrir á los mismos medios que nosotros para defenderse, abandonaban tambien las ventajas de la civilizacion; todos los pueblos, precipitándose unos sobre otros, como en el siglo de los godos y los vándalos, habrian visto renacer las desgracias de aquellos tiempos. La conscripcion, rompiendo los vínculos de la sociedad general, aniquilaba tambien los de las familias. Los hijos, acostumbrados desde la cuna á mirarse como víctimas destinadas á la muerte, no obedecian ya á sus pa-

dres, se hacian perezosos, viciosos y vagamundos, esperando que llegara el dia de saquear y degollar al género humano. ¿Qué principio de religion ni de moral hubiera tenido lugar de prender en su corazon? Por su parte los padres y las madres de la clase del pueblo no querian fixar su cariño, ni esmerarse con hijos que se disponian á perder, que no miraban como su riqueza y apoyo, sino al contrario, como un objeto de dolor, y como una carga. De aquí, aquella dureza de alma, aquel olvido de todos los afectos naturales que nos arrastra á el egoismo, á la indolencia en el bien y el mal, á la indiferencia por la patria; que hace callar la conciencia y los remordimientos, y que condena á un pueblo á la servidumbre, haciéndole perder el horror al vicio, y la admiracion á la virtud.

Tal era la administracion de Buonaparte por lo respectivo á lo interior de la Francia.

Exâminemos por lo que respecta

al exterior, la marcha de su gobierno, y aquella política de que estaba tan orgulloso, y que definia así; la política es, *jugar á los hombres.* ¡Perfectamente! Todo lo ha perdido á este juego abominable, y la Francia ha pagado sus pérdidas.

Empecemos por su sistema continental, sistema de un loco, ó de un niño, que era el pretexto, no el objeto verdadero de sus guerras: con la capa de la libertad de los mares pretendia ser el dueño de la tierra. ¿Y ha hecho lo que era debido para establecer este sistema? ¿No ha abierto los puertos del Mediterraneo y y del Báltico, cometiendo las dos grandes faltas, que como diremos despues, dieron al través con sus proyectos contra la España y contra la Rusia? ¿No ha dado todas las colonias del mundo á la Inglaterra? ¿No le ha abierto en el Perú, en México y en el Brasil mercados mas considerables que los que queria cerrarle en Europa? Asi que, la guerra ha enrique-

cido á el pueblo que pretendia arruinar. La Europa no consume sino algunas superfluidades de la Inglaterra; la mayor parte de las naciones europeas encuentra en sus propias manufacturas con que ocurrir á sus principales necesidades : en América al contrario, los pueblos necesitan de todo, desde el vestido mas grosero hasta el de mas lujo; diez millones de Americanos consumen mas mercaderías inglesas, que treinta millones de Europeos. No hablaré de la importacion del dinero de México en la India, del monopolio del cacao, de la quina, de la cochinilla y de otros mil objetos de especulacion, nuevos manantiales de riquezas para la Inglaterra. Aun quando Buonaparte hubiera conseguido cerrar los puertos de España y del Báltico, necesitaba cerrar despues los de la Grecia, de Constantinopla, de la Sixia y de la Berbería, lo que era equivalente á empeñarse en conquistar el mundo. Quando hubiera intentado estas nuevas conquistas, no pu-

diendo los pueblos, ya sometidos, cambiar el producto de su suelo y de su industria, habrian sacudido el yugo, y vuelto á abrir sus puertos. Todo esto no ofrece sino miras, y empresas pueriles y fuer de gigantescas, falta de razon y de entendimiento; sueños de un loco ó de un furioso.

El menor exámen de sus guerras y de su conducta con los gabinetes de la Europa, destruirá el prestigio. Un hombre no se llama grande por lo que emprende, sino es por lo que executa. Qualquiera puede soñar la conquista del mundo: solo Alexandro la hizo. Buonaparte gobernaba la España como una provincia, cuya sangre y oro chupaba. No contento con eso, quiere reynar en persona sobre el trono de Carlos IV. ¿Qué hace entonces? Con la mas negra política introduce primero la discordia en la familia Real, en seguida la arrebata hollando todas las leyes divinas y humanas, invade de repente el territorio de un pueblo fiel que

acababa de combatir á su lado en Trafalgar : insulta su talento, degüella sus sacerdotes ; provoca el orgullo castellano, y convierte en sus enemigos á los descendientes del Cid, y del gran Capitan : al punto Zaragoza celebra el oficio de sus propias exêquias ; los cristianos de Pelayo bajan de las montañas de Asturias, y arrojan al nuevo Mahometano. Esta guerra reanima en Europa el espíritu de los pueblos, añade á la Francia otra frontera mas que defender, crea un exército de tierra á los Ingleses, los conduce al cabo de quatro siglos á los campos de Poitiers, y les entrega los tesoros de México.

Si en lugar de recurrir á estos artificios dignos de Borja, hubiera Buonaparte declarado la guerra al Rey de España con otra política mas acertada, aunque siempre exêcrable ; si se hubiera anunciado como el vengador de los castellanos oprimidos por el príncipe de la Paz; si hubiera acariciado la fiereza espa-

ñola; contemporizado con los regulares, es probable que hubiera conseguido su objeto. "Pero, no son los »españoles, decia su furor, los que »yo quiero, sino es la España." La España le ha rechazado. El incendio de Burgos produxo el de Moskow, y la conquista de la Alhambra ha traido á los Rusos al Louvre. ¡Leccion grandiosa y terrible!

La misma falta cometida con respecto á la Rusia: si en el mes de octubre de 1812 se hubiera detenido en las márgenes del Duna, si se hubiera contentado con tomar á Riga, acantonando el invierno su exército de 600ᘐ hombres, y organizando la Polonia á sus espaldas; la primavera siguiente hubiera acaso peligrado el imperio de los Czares. En lugar de eso marcha sobre Moskow por un solo camino sin almacenes, ni recursos. Llega; los vencedores de Pultaba abrasan su ciudad santa. Buonaparte se duerme sobre ruinas y cenizas. Parece que se olvida de la vuel-

ta de las estaciones y del rigor del clima: se dexa entretener con proposiciones de paz; desconoce demasiado el corazon humano, quando cree que pueblos que han sido capaces de incendiar por su mano su capital para huir de la esclavitud, capitularán sobre las ruinas humeantes de sus casas. Sus generales claman que es tiempo ya de retirarse. Parte jurando como un muchacho furioso, que volverá muy pronto con un exército *cuya vanguardia sola se compondrá de 300∅ hombres.* Dios envia un soplo de su cólera, todo perece: ¡No vuelve sino un hombre!

¿Que tenia pues de seductor para los Franceses este estrangero, el mas absurdo administrador, el mas criminal político? Su gloria criminal. Ya la ha perdido. Es en efecto un gran ganador de batallas; fuera de eso qualquier general es mas habil. Nada sabe de retiradas, ni de posiciones: impaciente, incapaz de esperar mucho tiempo un resultado,

fruto de profundas combinaciones militares, solo sabe ir adelante, hacer punta, correr, conseguir victorias *á fuerza de hombres* como se ha dicho, sacrificarlo todo á un suceso, sin embarazarse de un revés, matar la mitad de sus soldados con marchas superiores á las fuerzas humanas. Poco importa: ¿no tiene la conscripcion y la *materia primera*? Se creyó que habia perfeccionado el arte de la guerra, pero lo cierto es que le ha hecho retroceder hacia su infancia. La maestría del arte militar de los pueblos civilizados consiste en defender un gran pais con un pequeño exército, en dar lugar á que muchos millares de hombres descansen á espaldas de 60 ú 80@ soldados, de manera que el labrador que cultiva en paz sus surcos, apenas sepa si se baten á algunas leguas de su cabaña. Ciento y cincuenta mil hombres guardaban el imperio romano; Cesar tenia pocas legiones en Farsalia. ¿Por qué no nos defiende hoy en nuestros hogares este vence-

dor de mundo? ¿Su grande ingenio le ha abandonado de repente? ¿Por qué especie de encantamiento la Francia que Luis XIV habia cubierto de fortalezas, que *Vauban* habia cerrado á manera de un hermoso jardin, se ve invadida por todas partes? ¿A dónde están las guarniciones de sus plazas fuertes? No exîsten. ¿A dónde los cañones de sus murallas? Todo está desarmado, hasta los navios de Brest, de Toulon, y de Rochefort; no se hubiera manejado de otra manera Buonaparte, si su intencion hubiera sido entregarnos indefensos á las potencias coligadas: si nos hubiese vendido, ó si hubiera conspirado secretamente contra los Franceses; menos de diez y seis meses han bastado para sepultar en los bosques de Alemania ó en los desiertos de Rusia dos mil millones de pesetas, un millon y quatrocientos mil hombres, y todo el material de nuestros exércitos y de nuestras plazas. En Dresde comete faltas sobre faltas, ol-

vidando que si los delitos algunas veces no reciben su castigo sino en el otro mundo, las faltas siempre le tienen en este. Aparenta la mas incomprehensible ignorancia de lo que pasa en los gabinetes, se obstina sobre el Elba, es batido en Leipsick, y desecha una paz honrosa que le proponen. Entregado á la desesperacion y á la rabia, sale por la última vez del palacio de nuestros Reyes, para incendiar por un espíritu de ingratitud la aldea en que estos mismos Reyes le alimentaron por desgracia; no opone á los enemigos si no una actividad sin plan; sufre el último revés, vuelve á huir, y libera en fin la capital del mundo civilizado de su odiosa presencia.

No habrá pluma francesa que se preste á pintar el quadro horroroso de sus campos de batalla; un herido sirve de carga á Buonaparte; prefiere verle muerto, porque asi se desembaraza de él. Montones de militares mutilados, arrojados los unos sobre los

otros, permanecen dias y semanas enteras sin curarse: no hay hospitales capaces de contener los enfermos de un exército de 700ⓓ á 800ⓓ hombres, ni tampoco cirujanos que los asistan. El verdugo de los Franceses no tomabá precaucion alguna á este fin; no se encontraba ni farmacia, ni ambulancia, ni aun á veces instrumentos con que cortar los miembros estropeados; en la campaña de Moskow, á falta de hilas, se curaban los heridos con heno; faltó el heno, y se murieron: 600ⓓ guerreros vencedores de la Europa, la gloria de la Francia, viéronse errantes entre la nieve y los desiertos, apoyados en ramas de pinos, porque no tenian fuerzas para sostener sus armas, sin mas vestido que la piel sangrienta de los caballos, que habian sido su último alimento. Capitanes ancianos, en cuyas barbas y cabellos el hielo se habia quaxado, se humillaban á acariciar al soldado que veían con un pedazo

de pan, para merecer un pedacito: ¡Tales eran los tormentos de su hambre! Esquadrones enteros, caballos y ginetes que se helaban por la noche, se veían todavia por la mañana de pie derecho á manera de fantasmas en medio de las nieves. Vandádas de cuervos y batidas de lebreles medio salvages, que seguian nuestro exército para devorar sus reliquias, eran los únicos testigos de los sufrimientos de nuestros soldados en aquellas soledades. El Emperador de Rusia hizo recoger los muertos en la primavera, se contaron mas de 160@ cadáveres; en una sola hoguera se quemaron 24@. La peste militar, que habia desaparecido despues que la guerra se hacia solo con pocos hombres, ha vuelto á parecer entre la conscripcion, los exércitos de un millon de soldados, y los rios de sangre humana. ¿Y qué es lo que hacia el destructor de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, quando asi sega-

ba la flor de la Francia? Se venia huyendo á las Tullerías para decir, estregándose las manos á el lado de la chimenea : *mejor tiempo hace aquí que en las márgenes del Beresina.* No se le oyó una palabra que sirviese de consuelo á las esposas y á las afligidas madres que le rodeaban, ni una señal de sentimiento, ni un movimiento de compasion, ni un remordimiento, ni una confesion de su extravagancia. Los Tixelinos decian: "La felicidad de esta retirada »es, que nada le ha faltado al Em»perador; siempre ha comido bien, »ha estado bien abrigado en el co»che; en fin es un gran consuelo que »nada haya sufrido" Pero él en medio de su corte se mostraba alegre, triunfante, glorioso, adornado del manto real, cubierto con el sombrero á lo Enrique IV; se dexaba ver brillante sobre el trono, repitiendo las aptitudes reales que Talma le habia enseñado: pero esta pompa solo servia para hacerle mas odioso;

todos los diamantes de la corona no podian ocultar la sangre de que estaba cubierto.

Pero ¡ay! este horror de los campos de batalla se nos acerca; ya no se oculta en los desiertos: resuena en el seno de nuestros hogares, en este París que los Normandos sitiaron sin suceso mil años hace, y cuyo orgullo era no haber tenido por vencedor sino á aquel *Clovis* que fué despues su rey. ¿No es el mas grande y el mas irremisible delito, entregar un pais á la invasion? Hemos visto perecer á nuestra vista el resto de nuestras generaciones; hemos visto rebaños de conscriptos, de soldados viejos, pálidos y desfigurados que se apoyaban en las esquinas de las calles, víctimas de todo género de miseria, que apenas podian sostener con una mano el fusil con que habian defendido la patria, y que alargaban la otra pidiendo una limosna; hemos visto el Sena cubierto de barcos; nuestros caminos obstruidos de

carretas llenas de heridos, á quienes aun no se les habia hecho la primera cura. Uno de estos carros que ibamos siguiendo por las señales de la sangre, se rompió en el paseo; cayeron conscriptos sin brazos, sin piernas, atravesados de balazos y lanzadas, dando gritos, y suplicando á los que pasaban que los acabasen. Estos desgraciados, arrebatados de sus chozas sin haber llegado á la edad viril, conducidos al campo de batalla con sus monteras y sus gabardinas, puestos como *carne de cañon* en los parages mas peligrosos para consumir los fuegos del enemigo, estos desgraciados, repito, se echaban á llorar, y exclamaban al caer heridos de un balazo, ¡*ay madre mia*; *madre mia*!; ¡grito que despedazaba el corazon, y manifestaba la tierna edad de un niño, arrancado el dia antes de la paz doméstica, de un niño llevado de repente desde las manos de su madre á las de su bárbaro soberano! ¿Y por quién tantas muertes

y tantos dolores? Por un abominable tirano, por un Corso, por un extrangero pródigo en estremo de la sangre francesa, porque ni una sola gota corre por sus venas.

Quando Luis XVI rehusaba castigar algunos delinqüentes, cuya muerte le hubiera asegurado el trono, ahorrándonos tantas desgracias; quando decia: "No quiero comprar mi se-
»guridad á precio de la vida de
»uno solo de mis vasallos;" quan-
»do escribia en su testamento: "Re-
»comiendo á mi hijo, si tiene la
»desgracia de ser rey, que se acuerde
»de que se debe todo á la felicidad
»de sus conciudadanos, que debe ol-
»vidar toda rencilla y resentimiento,
»señaladamente los que dicen rela-
»cion á las desgracias y penas que pa-
»dezco; que no puede hacer la fe-
»licidad de los pueblos si no reyna
»conforme á las leyes;" quando pronunciaba sobre el cadahalso aquellas palabras: "Franceses, ruego á
»Dios que no vengue en la nacion

»la sangre de vuestros reyes que vais á »derramar:" ¡Ay, aquel era el verdadero rey, el rey frances, el rey legítimo, el padre y el gefe de la patria!

Buonaparte se ha mostrado demasiado pequeño en la desgracia, para que podamos creer que su prosperidad fué obra de su talento; la habiamos creido fruto de sus obras, y solo lo era de nuestro poder: no ha tenido otro orígen su grandeza que el de las fuerzas inmensas que pusimos en sus manos quando le elevamos. Heredó todos los restos de los exércitos formados baxo el mando de nuestros mas hábiles Generales, guiados tantas veces á la victoria por tantos grandes capitanes como han perecido y perecerán acaso todavia víctimas del furor y de los zelos del tirano. Encontró un pueblo numeroso, extendido por sus conquistas, exâltado con los triunfos y en el movimiento que dan siempre las revoluciones; no necesitó mas que dar con el pie en qualquier parte del

terreno fecundo de nuestra patria, para que le prodigase tesoros y soldados. Los pueblos que atacaba estaban cansados y desunidos; venciólos uno tras otro, derramando sobre cada uno separadamente las olas de la poblacion de Francia.

Quando Dios envia á la tierra los instrumentos de los castigos celestes, todo cede en su presencia; con medianos talentos consiguen sucesos extraordinarios; tales exterminadores nacidos en el seno de las discordias civiles sacan sus principales fuerzas de los males que les dieron el ser, y del terror que inspira tal memoria: logran así someter el pueblo en el nombre de las calamidades á que deben su existencia. Tienen el don de corromper y envilecer, de destruir el honor, de degradar las almas, de manchar quanto tocan, de querer, y osarlo todo, de reynar en el nombre de la mentira, de la impiedad y del pasmo; de hablar todas las lenguas, de deslumbrar los ojos de

todos, de engañar á la razon misma, de pasar por ingenios profundos, quando no son sino deliqüentes comunes (pues la excelencia en todas las cosas es inseparable de la virtud); arrastrando en pos de sí á las naciones seducidas, triunfando con la fuerza de la muchedumbre: marchan deshonrados con vil victorias, con las teas en la mano y los pies en la sangre, hasta los últimos confines de la tierra, á manera de hombres embriagados, á quienes empuja la mano del Dios que desconocen.

Quando al contrario la providencia quiere salvar un imperio, y no castigarle, quando se vale de sus servidores y no de sus azotes, quando destina á los hombres de quien se vale, una gloria honrosa, y no abominable fama, lejos de presentarles un camino facil como á Buonaparte, les opone obstáculos dignos de sus virtudes. Así es como hemos de distinguir siempre al tirano del libertador, al destructor de los pueblos, del

gran general, al hombre enviado para destruir, del venido para reparar. Este no es dueño de nada, ni dispone sino de débiles recursos; aquel, señor de todo, emplea inmensos medios para salir adelante. En las primeras señales es facil de reconocer el carácter y la mision del devastador de la Francia.

Buonaparte no tiene sino la apariencia de hombre grande; le falta la magnanimidad que constituye á los héroes y á los verdaderos Monarcas: de aquí es que no se cita en su boca ninguna de aquellas palabras que anuncian á Alexandro, á Cesar, á Enrique IV, y Luis XIV. La naturaleza le hizo sin entrañas: su cabeza, aunque grande, es el trono de las tinieblas y de la confusion: capaz de concebir todas las ideas, hasta las del bien, todas se le borran al instante: las señales distintivas de su carácter son obstinacion invencible, voluntad de yerro; pero solo para la injusticia y la opresion;

sistemas estravagantes, pues que abandona fácilmente los proyectos que serian favorables á la moral, al órden, y á la virtud: la imaginacion le domina, pero la razon no le regula: sus designios, en lugar de ser frutos de la profundidad y reflexîon, son mas bien efecto de un arrebato ó de una resolucion repentina: voluble como sus paisanos tiene algo de teatral y cómico: representa hasta las pasiones que no tiene: siempre está sobre la escena; en el Cairo hace el papel de un renegado que se alaba de haber destruido la iglesia de Roma; en París el de restaurador de la religion christiana; ya el de un inesperado, ya el de un filósofo: de antemano estaban preparadas las escenas. La posteridad ha pronunciado ya sobre un soberano á quien Talma pudo dar lecciones de representar las aptitudes de Monarca. Quiere parecer original, y casi jamas es sino imitador; pero imitador tan grosero, que al instante re-

cuerda el objeto ó la accion que copia: procura siempre repetir lo que cree un gran dicho, ó de hacer lo que presume una gran cosa. Afectando talento universal, habla de rentas y de espectáculos, de guerra y de modas, arregla la suerte de los reyes, y la de un administrador de puertas, data desde el Kremlim un reglamento de teatros, y el dia de una batalla hace prender algunas mugeres en Paris. Hijo de nuestra revolucion, tiene semejanzas señaladas de su madre, interperancia de lenguage, inclinacion á la baxa literatura, furor de diarista: debaxo la máscara de Cesar y de Alexandro se descubre el hombrezuelo, el hombre sin cuna. Desprecia soberanamente á los hombres porque los mide con su vara: su máxîma es que no obran sino por interés, y que la providad no es mas que cálculo. De aquí el sistema de *efusion* que era la base de su gobierno, empleando ya al hombre de bien, ya al perverso,

mezclando de intento el vicio y la virtud, poniendo siempre á los hombres en oposicion con sus principios. Su gran placer era deshonrar la virtud, manchar las reputaciones: infestaba quanto tocaba: era su *hombre*, segun su expresion favorita, aquel á quien habia hecho caer; á este le miraba como propiedad adquirida con la deshonra; le amaba un poco menos, y le despreciaba un poco mas. Queria que su administracion se calificase por los resultados, sin embarazarse jamas en los medios: las *masas* debian serlo todo, nada las *individualidades*. »Corromperemos la ju»ventud, pero me obedecerá mejor; »perecerá tal ramo de industria, pe»ro tendré momentaneamente mu»chos millones; morirán 600 hom»bres en este encuentro, pero gana»ré la batalla." Ved aquí todos sus razonamientos, y el modo como los reynos se aniquilan.

Destinado Buonaparte para destructor universal, lleva el mal en su

seno tan naturalmente, como una madre lleva el fruto del suyo con alegría y con orgullo. Aborrece la felicidad de los hombres: decia en una ocasion: "todavia hay en Francia »algunas personas felices, que son las »familias que no me conocen, y vi»ven en sus caseríos de campo con »30 ó 40@ libras de renta, pero yo »las descubriré;" ha cumplido su palabra. Viendo un dia jugar á su hijo, preguntó á un obispo que estaba presente; »¿Cree Vd. señor Obispo, que »este chico tiene alma?» Todo lo que se distingue de qualquiera manera espanta á este tirano; qualquier reputacion le importuna. Tiene zelos de los talentos, del ingenio, de la virtud; despreciaria la fama de un gran delito como no fuese todo obra suya. Siendo el hombre de menos gracia, se complace señaladamente en ofender á quantos se le acercan; olvidándose que nuestros reyes jamas insultaban á nadie (porque conocian no era posible que tomáran satisfac-

cion los ofendidos), y de que habla á la nacion mas delicada en punto á honor, y á un pueblo formado en la corte de Luis XIV, justamente celebrado por la elegancia de sus costumbres y la finura de su cortesanía. En fin, Buonaparte no era mas que el hombre de la dicha; al instante que la adversidad, manantial de las virtudes, tocó al grande hombre contrahecho, desapareció el prestigio; no hemos descubierto del Monarca sino el aventurero, ni del héroe sino el advenedizo.

Quando Buonaparte destronó al Directorio, le dirigió el discurso siguiente.

»¿Qué habeis hecho de esta Fran»cia, que tan brillante os entregué? Os »dexé la paz, y encuentro la guerra; os »dexé victorias, y encuentro reveses; os »dexé los millones de la Italia, y no »hallo mas que leyes de latrocinio y »de miseria. ¿Qué habeis hecho de »100② franceses que yo conocia? To»dos han muerto. Este estado de co-

»sas no puede durar; nos someteria »al despotismo antes de tres años; »queremos pues la república; la re»pública sobre las bases de la igual»dad, de la moral, de la libertad ci»vil, de la tolerancia política, &c.»

Te argüiremos hoy con tus mismos discursos, hombre desgraciado, y te haremos tus mismas preguntas. ¿Dinos? ¿Qué has hecho de esta Francia tan brillante? ¿Dónde están nuestros tesoros, los millones de Italia, de la Europa entera? ¿Qué has hecho, no de 100@ hombres, sino de cinco millones de franceses que todos conociamos, nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros hermanos? Este estado de cosas no puede durar; nos ha precipitado en un horrible despotismo. Tú querias la república, y nos has traido la esclavitud. Queremos la monarquía sobre las bases de la igualdad de derechos, de la moral, de la libertad civil, de la tolerancia política y religiosa. ¿Nos has dado tú esa monarquía? ¿Qué has hecho

por nosotros? ¿Qué debemos á tu reynado? ¿Quién asesinó al duque de Enghien? ¿quién hizo sufrir la tortura á Pichegrú? ¿quién desterró á Moreau? ¿quién cargó de cadenas al soberano Pontífice, y robó los príncipes de España, empezando una guerra impía? Tú. ¿Quién perdió nuestras colonias, aniquiló nuestro comercio, abrió la América á los Ingleses, corrompió nuestras costumbres, arrebató los hijos á los padres, introduxo la desolacion en las familias, destruyó el mundo, abrasó mas de mil leguas de terreno, inspirando á toda la tierra el horror al nombre frances? Tú. ¿Quién expuso la Francia á la peste y a la invasion, á ser desmembrada y conquistada? Tú tambien. Vé aquí las preguntas que no pudistes hacer al Directorio, y que nosotros te hacemos. ¿Quánto mas delinqüente no eres tú que aquellos hombres que en tu dictámen eran indignos de reynar? Qualquiera rey legitimo y hereditario que hubiera

sumergido á su pueblo en la mas pequeña parte de los males que nos has hecho sufrir, hubiera arriesgado su trono; ¡y tú, usurpador y extrangero, pretenderias que fuera tu persona sagrada en cambio de las calamidades que nos has traido! ¡querrias todavia reynar sobre nuestros sepulcros! La desgracia nos vuelve nuestros derechos; no queremos ya adorar á Moloch, ni que devores nuestros hijos; no queremos ni tu conscripcion, ni tu policía, ni tu censura, ni tus nocturnos asesinatos, ni tu tiranía. No solo nosotros, sino todo el género humano te acusa, y nos pide venganza en el nombre de la religion, de la moral y de la libertad. ¿A dónde no has llevado la desolacion? ¿En qué parte del mundo la familia mas obscura ha podido substraerse á tus destrozos? El español desde lo escarpado de sus montañas, el Ilírico desde sus valles, el Italiano desde debaxo de su hermoso cielo, el Aleman, el Ruso y el Prusiano, desde sobre las

cenizas de sus ciudades, te demandan por el hijo que les degollaste, por la tienda, la cabaña, el palacio ó el templo que abrasaste. Les has forzado á venir á buscar en nuestras casas lo que tú les robaste, y para reconocer en tus palacios sus ensangrentados despojos. La voz del mundo te declara por el mayor delinqüente que haya exîstido jamas en la tierra; pues que derramaste tantos males, no entre pueblos bárbaros y naciones degeneradas, sino que quisiste reynar con la espada de Atila y las maxîmas de Neron en el centro de la civilizacion, y en el siglo de las luces. Dexa en fin ese cetro de hierro; ¡baxa de ese cúmulo de ruinas que formaba tu trono! Te arrojamos como tú arrojaste al Directorio. Vete en paz; y ¡ojalá que para tu mayor castigo puedas ser testigo de la alegría que causa á la Francia tu caida, y contemplar, derramando lágrimas de rabia, el espectáculo de la pública felicidad! Estas son las palabras que

dirigimos al extrangero. Pero si arrojamos á Buonaparte, ¿quién le deberá reemplazar? El Rey.

DE LOS BORBONES.

Son tan notorios á los franceses las funciones anexas á este título, que no es necesario explicárselas: el Rey les representa al instante la idea de la autoridad legítima, del órden, de la paz, de la libertad legal y monárquica. Las memorias de la antigua Francia, la religion, los usos antiquados, las costumbres domésticas, los hábitos de nuestra infancia, la cuna, el sepulcro, todo se explica con la palabra sagrada del Rey: voz que á nadie asusta, sino que al contrario tranquiliza. Un frances confunde las ideas de Rey, magistrado, padre; pero no sabe qué significa la palabra emperador, ni conoce la naturaleza, la forma, los límites del poder anexo

á este título extraño: pero sabe lo que es un Monarca descendiente de S. Luis y de Enrique IV: sabe que es un xefe, cuya autoridad paternal, arreglada por instituciones, atemperadada á las costumbres, endulzada y elevada á la mayor excelencia con el tiempo, es á manera de un vino generoso del suelo patrio, y madurado por el sol de la Francia. No nos lo ocultemos por mas tiempo; no habrá reposo, dicha, felicidad, ni estabilidad en nuestras leyes, opiniones ni fortunas, hasta que la casa de Borbon sea restablecida en el trono. Verdaderamente la antigüedad mas reconocida que nosotros, hubiera llamado divina á una familia que empezando en un rey prudente y valeroso, y concluyendo en un mártir, contó con el espacio de nueve siglos quarenta y tres Monarcas, entre los quales no hubo mas que un tirano. Exemplo único en la historia del mundo, y de eterno orgullo para nuestra patria. La probidad y el honor ocupaban el trono de

Francia, así como la política y la fuerza llenaban los demas. La sangre noble y dulce de Capet, no se cansaba de producir héroes sino para dar reyes hombres de bien. Unos se llamaron sábios, buenos, justos, muy amados; otros tuvieron el renombre de grandes, augustos, padres de la patria y de las letras. Algunos tuvieron pasiones que espiaron con las desgracias; pero ninguno asustó al mundo con los vicios que deshonran la memoria de los Césares, que Buonaparte ha reproducido.

Los Borbones, última rama de este árbol sagrado, por un efecto extraordinario del destino, vieron á su primer rey espirar baxo el puñal del fanático, y al último baxo la cuchilla del ateo. Desde Roberto, nieto 6.º de S. Luis, de quien descienden, no les faltaba en tantos siglos sino esta gloria de la adversidad, que en fin obtuvieron completa. ¿Qué será lo que podremos darles en cara? El nombre de Enrique IV todavia ha-

ce palpitar los corazones franceses, y anega nuestros ojos de lágrimas, somos deudores á Luis XIV. de la mayor parte de nuestra gloria. ¿No llamábamos á Luis XVI el hombre mas honrado de su reyno? ¿Por haberle muerto, nos rehusaremos á admitir su sangre? ¿Por haber hecho morir á su hermana, su muger y su hijo, desecharemos su familia? Esta familia desterrada llora nuestras desgracias, no las suyas. La tierna princesa que habiamos perseguido, y reducido á la horfandad, todos los dias echa de menos en los palacios extrangeros las prisiones de la Francia. Hubiera podido recibir la mano de un príncipe poderoso y lleno de gloria: prefirió unir sus destinos á los de su primo, pobre, desterrado, proscripto, porque era frances, y porque ella no queria separarse de las desgracias de su familia. Todo el mundo admira sus virtudes; los pueblos de la Europa la siguen llenándola de bendiciones quando se presenta en

los paseos públicos; ¡podremos nosotros olvidarla! quando dexaba su patria, en que habia sido tan desgraciada, volvia la vista atrás, y se deshacia en llanto; ¡siendo nosotros los constantes objetos de sus oraciones y de su amor, apenas sabemos si exîste! "Yo »conozco, dice algunas veces, que »no tendré hijos si no en Francia." Palabras tiernas, que solas deberian prosternarnos á sus pies, y arrancarnos profundos suspiros de arrepentimiento. ¡Sí! ¡Madama la duquesa de Angoulema será fecunda en el fecundo suelo de la patria! Esta tierra produce naturalmente las *lises* que volverán á nacer mas hermosas, regadas con la sangre de tantas víctimas expiatorias, ofrecidas al pie del cadalso de Luis y Antonia.

El hermano de nuestro Rey, que debe ser el primero que reyne, es un príncipe conocido por sus luces, innaccesible á las preocupaciones, extraño á las venganzas. De todos los soberanos que pudieran gobernar

ahora en Francia, es el único acaso que mas conviene á nuestra situacion, y al espíritu del siglo; así como Buonaparte era acaso el mas incapaz de ser Rey entre todos los hombres que podiamos escoger. Las instituciones de los pueblos son obra del tiempo y de la experiencia: para reynar, ante todas cosas, se necesita razon, entendimiento y uniformidad. Un príncipe que solo tuviera dos ó tres ideas comunes, pero útiles, sería soberano mas conveniente á una nacion que un aventurero extraordinario, siempre abortando nuevos planes, imaginando nuevas leyes, ó creyendo que solo reyna quando se agita para turbar los pueblos, cambiar y destruir por la noche lo que ha creado por la mañana. Luis XVIII, no solo posee estas ideas constantes, la moderacion y la prudencia necesarias á un monarca, sino que es un príncipe amigo de las letras, instruido y eloqüente como muchos de nuestros reyes,

de un talento vasto é ilustrado, de un carácter firme y filosófico.

Escojamos entre Buonaparte que vuelve trayéndonos el sangriento código de la conscripcion, y Luis XVIII que se abanza para cicatrizar nuestras heridas con el testamento de Luis XVI en la mano. Repetirá en su consagracion aquellas palabras escritas por su virtuoso hermano.

"Perdono de todo mi corazon á »los que se hicieron mis enemigos, »sin haberles yo dado motivo, y »ruego á Dios que los perdone."

MONSIEUR, el conde de Artois, de un carácter tan franco, tan leal, y tan francés, se distingue hoy por su piedad, su bondad, y su dulzura, como sobresalía en su juventud primera por su aire magestuoso y sus gracias reales. Buonaparte, abatido por la mano de Dios, pero sin corregirse en la adversidad, á medida que retrocede en el país que se escapa á su tiranía, arrastra detras de sí desgraciadas víctimas car-

gadas de cadenas, y exerce los últimos actos de su poder en las últimas prisiones de la Francia. El señor conde de Artois llega solo sin soldados, sin apoyo, desconocido de los franceses á quienes se presenta; pero apenas pronuncia su nombre, quando el pueblo se inca de rodillas, besa las faldillas de su vestido, abraza sus rodillas, y exclama derramando torrentes de lágrimas: "¡no os »traemos mas que los corazones, por»qué el monstruo no nos ha dejado »otra cosa!" Conoced en este modo de dexar la Francia, y en esta manera de entrar, al usurpador, y al legítimo príncipe.

El señor duque de Angulema pareció en otra de nuestras provincias. Burdeos, la segunda ciudad del reyno, se arrojó en sus brazos, y la patria de Enrique IV reconoció en éxtasis de gozo á el heredero de las virtudes del *Bearnés*. Nuestros exércitos no han visto caballero mas valiente que el señor Duque de Berry:

la noble lealtad del duque de Orleans á la sangre de su Rey, nos prueba que su nombre será siempre de los mas preciosos á la Francia. He hablado ya de las tres generaciones de héroes; el señor príncipe de Condé, el señor duque de Borbon; dexo á Buonaparte que cite el tercero.

No sé si la posteridad podrá creer que este pueblo, que debia toda su gloria á tantos príncipes de la casa de Borbon, los haya proscripto sin delito alguno, y sin que tenga parte en su desgracia la tiranía del último Rey de su estirpe; no, no podrá entender la posteridad como hemos desterrado á príncipes tan buenos, á príncipes nuestros compatriotas, para poner á nuestra cabeza á un extrangero el mas malo de todos los hombres.

Es concebible en cierta manera la idea de *república* en Francia; puede muy bien un pueblo en los momentos de embriaguez querer mudar

la forma de su gobierno, y no reconocer su gefe supremo; pero si ha de volver al monárquico, es el estremo de la vergüenza y del absurdo, quererle establecer sin el soberano legítimo, y creerlo posible sin él. Modifiquese en hora buena la constitucion de la monarquía, pero nadie tiene derecho de mudar el monarca. Puede suceder que un Rey cruel y tirano, que viola todas las leyes, y priva á todo un pueblo de sus libertades, sea depuesto de resultas de una revolucion violenta; pero en este caso extraordinario pasa la corona á sus hijos, ó al heredero mas cercano. ¿Fué por ventura Luis XVI un tirano? ¿Podemos procesar su memoria? ¿Con qué autoridad privamos á su familia de un trono que le pertenece por tantos títulos? ¿Qué vergonzoso capricho nos hizo dar á el hijo de un alguacil de Ajaccio la herencia de Roberto el fuerte? Roberto el fuerte era conde de París, descendia verosimil-

mente de la segunda raza, y esta traía su orígen de la primera. Hugo Capeto, que era francés, traxo á los franceses como herencia paterna, París con bienes y dominios inmensos. La Francia, tan pequeña en los reynados de los primeros Capetos, se enriqueció y aumentó en los de sus descendientes. Para reemplazar esta antigua familia fuimos á elegir Rey, segun la expresion de un senador, entre un pueblo del que los romanos rehusaban sacar esclavos. Habemos destruido la ley sálica, *paladio* de nuestro imperio, á favor de un italiano cuya fortuna ha sido preciso hacer á costa de los despojos de todos los franceses. ¡Quán diferentes de los nuestros eran los sentimientos y las máxîmas de nuestros padres! Al tiempo de la muerte de Filipe el hermoso, declararon la corona á favor de Felipe de Valois, en perjuicio de Eduardo III, Rey de Inglaterra; quisieron mas condenarse á dos siglos de guerra, que dexar-

se gobernar de un extrangero. Tan noble resolucion dió orígen á la gloria y á la grandeza francesa; los trozos del oriflama despedazado en los campos de Creci, de Poitiers, y de Azincourt, triunfaron al cabo de las banderas de Eduardo III y de Enrique V, y la voz de *Montjoie Saint-Denis* sofocó la de todas las facciones. Agitose la misma qüestion de sucesion al tiempo de la muerte de Enrique III; y el parlamento expidió entonces el famoso edicto que dió á la Francia, á Enrique IV y á Luis XIV: no eran sin embargo personages innobles Eduardo III, Enrique V, el duque de Guisa, y la infanta de España; ¡qué se ha hecho, Dios mio, del orgullo de la Francia! ¡Habiéndose negado á admitir tan ilustres soberanos para conservar la familia real francesa, se abatió á escoger á Buonaparte!

En vano se dirá que Buonaparte no es extrangero; la Europa entera, todos los franceses sin preven-

cion le tienen por tal; este será el juicio de la posteridad, que atribuyéndole acaso la mayor parte de nuestras victorias, nos hará responsables de muchos de sus delitos. Nada tiene Buonaparte de francés, ni en el carácter ni en sus costumbres; sus facciones demuestran su orígen: la lengua que aprendió en la cuna no es la nuestra; su acento y su nombre revelan su patria: sus padres vivieron mas de la mitad de sus dias, vasallos de la república de Génova: él mismo es mas sincero que sus aduladores, pues que no se da como frances, sino que al contrario nos aborrece y nos desprecia. Muchas veces se le ha escapado decir: *Así sois vosotros los franceses.*

En un discurso habló de la Italia como de su patria, y de la Francia como de su conquista. Si Buonaparte es frances debemos confesar que lo era tambien, y con mas razon, Santos l'Ouverture, pues al cabo habia nacido en una antigua colonia

francesa, gobernada por nuestras leyes; con la libertad habia adquirido los derechos de vasallo y de ciudadano. ¿Y es posible que un extrangero, educado á expensas de la caridad de nuestros Reyes, ocupe su trono, abrasándose en la sed mas ardiente de su sangre? ¡Habiamos cuidado de su juventud, y en reconocimiento nos sumerge en abismos de dolores! ¡Disposicion justa de la Providencia! Los galos saquearon á Roma, y los romanos oprimieron á los galos; los franceses han destrozado muchas veces la Italia; pero los Medicis, los Galigais, los Mazarines, los Buonapartes nos han asolado: la Francia y la Italia deberian al cabo conocerse, renunciando para siempre á sus recíprocas miras.

Será muy dulce descansar, despues de tantas agitaciones y desgracias, á la sombra de la autoridad paternal de nuestro legítimo soberano. Ha sido posible que fuésemos por un momento vasallos de la gloria que

nuestras armas dieron á Buonaparte; pero hoy que él mismo se ha despojado de ella, seria una humillacion quedar esclavos de sus delitos: arrojemos á este opresor como todos los demas pueblos le han arrojado; que no se diga de nosotros que habiendo muerto al mejor y mas virtuoso de los reyes, sin hacer nada para salvarle la vida, derramamos hoy la última gota de nuestra sangre, y sacrificamos los últimos restos de la Francia para sostener á un extrangero que detestamos. ¿Y con qué razon la infiel Francia justificaria hoy su abominable fidelidad? Era menester confesar que los atentados nos complacen, que los delitos nos encantan, y que la tiranía nos conviene. ¡Ha! Si las naciones extrangeras, cansadas de nuestra obstinacion, consintieran en dexarnos este insensato, si fueramos tan baxos que compráseemos á precio de una parte de nuestro territorio la vergüenza de conservar entre nosotros la semilla de la peste, y el azo-

te de la humanidad, era menester huir á lo intrincado de los desiertos, cambiar de nombre y de lenguage, olvidar, y que los demas olvidáran que habiamos sido franceses. Meditemos ya en la felicidad de nuestra patria comun, pensemos que nuestra suerte está en nuestra mano: una sola palabra puede volvernos la gloria, la paz y el aprecio del mundo, ó sumergirnos en la mas horrorosa é indigna esclavitud. Levantemos la monarquía de Clovis, la herencia de san Luis, el patrimonio de Enrique IV. En nuestra desgraciada situacion solo los Borbones nos convienen, como los únicos médicos que pueden cicatrizar nuestras heridas: su moderacion, sus afectos paternales, sus mismas adversidades, convienen á este reyno aniquilado, fatigado entre convulsiones y desgracias: todo con ellos se legitimará, sin ellos nada: su presencia hará renacer entre nosotros el órden, cuyo principio dimana de ellos: son valientes é ilustres caballeros, tan

franceses y mas que nosotros. Estos señores de la *Flor de Lis* fueron en todos tiempos célebres por su lealtad, están de tal manera identificados con nuestras costumbres, que parece que hacen parte integrante de la Francia, y serla tan necesarios como el aire y el sol.

Así como con su presencia todo será paz, terminando al fin nuestra larguísima revolucion, la vuelta de Buonaparte nos sumergiria en espantosos males, en interminables turbulencias. La mas fecunda imaginacion no puede atinar qué seria de este monstruoso gigante encerrado en estrechos límites, no pudiendo devorar ya los tesoros del mundo, ni derramar la sangre de la Europa. ¿Cómo es posible figurárnosle encerrado en el recinto de una corte arruinada y envilecida, apurando su rabia, sus venganzas, y su turbulento genio, contra los franceses solos? Buonaparte no ha mudado ni mudará: inventará siempre proyectos, leyes, decre-

tos absurdos, contradictorios ó criminales: nos atormentará siempre haciéndonos inseguras la vida, la libertad y las propiedades. Mientras que pueda otra vez turbar el mundo, se ocupará en arruinar nuestras familias. Unicos esclavos en el centro del mundo libre, objeto del desprecio de los pueblos, seria nuestra última desgracia no ser ya sensibles á nuestro abatimiento, y dormirnos como los esclavos del oriente mirando con indiferencia el cordon que el Sultan nos enviará al despertarnos.

No, no será así: tenemos un príncipe legítimo nacido de nuestra sangre, criado entre nosotros, que conocemos y nos conoce, de nuestras costumbres, de nuestros gustos y inclinaciones, por quien hemos rogado á Dios en nuestra juventud, cuyo nombre es tan sabido de nuestros hijos como el de su vecino, y cuyos padres vivieron y murieron con los nuestros. ¿Deberán nuestros antiguos príncipes arriesgar la propiedad de

la Francia, porque los hemos obligado á viajar? ¿Habrá de pertenecer á un corso por derecho de obvencion? ¡Ah! no seamos por Dios tan desleales que desheredemos á nuestro natural señor, para dar su cama al primer compañero que nos la pida. Si faltáran nuestros legítimos príncipes, el último frances seria preferible á Buonaparte para Rey; al menos no pasariamos por la vergüenza de obedecer á un extrangero.

Solo me resta probar que si el restablecimiento de la casa de Borbon es necesario á la Francia, no lo es menos á la Europa entera.

DE LOS ALIADOS.

Primeramente: aunque no consideremos sino las razones particulares, ¿hay algun hombre en el mundo que haya querido jamas fiarse de la palabra de Buonaparte? ¿No es un punto de su política, como una de las inclinaciones de su corazon, poner su habilidad en engañar, en mirar la buena fé como supercheria, y señal de un talento limitado, en burlarse de la santidad de los juramentos? ¿Ha cumplido ni un tratado de los que ha hecho con las diversas potencias de Europa? Siempre hizo sus mas sólidas conquistas violando algun artículo de estos tratados en plena paz; rara vez evacuó las plazas que debia volver; hoy mismo en su abatimiento posee todavía algunas fortalezas de Alemania, frutos de su ra-

piña, testigos de sus embustes.

Se le atará de modo que no pueda volver á empezar sus extragos. — En vano será debilitarle desmembrando la Francia, poniendo guarnicion en las plazas fuertes por cierto número de años, obligándole á pagar sumas considerables, forzándole á tener un corto exército, y á abolir la conscripcion; todo será en vano. Buonaparte, repito, no se muda: nada puede con él la adversidad, pues que no supo ser superior á la fortuna. Meditará en silencio su venganza; despues de uno ó dos años de reposo, quando la liga se haya disuelto, quando cada potencia haya vuelto á sus estados, nos llamará á las armas de repente, se aprovechará de las generaciones nuevas, arrebatará las plazas fuertes, ó romperá por medio de ellas, é inundará de nuevo la Alemania: hoy mismo no habla sino de ir á quemar á Viena, Berlin y Munich; no puede consentirse en dexar la presa. ¿Volverian á tiempo los ru-

sos, desde las márgenes del Boristhenes, para salvar otra vez la Europa? ¿Podrá volverse á atar esta milagrosa liga, fruto de veinte y cinco años de sufrimientos, quando todos los hilos estén rotos? ¿No habrá encontrado Buonaparte medio de corromper algunos ministros, seducir algunos príncipes, despertar algunos celos, poner de su parte algunos pueblos tan obscecados que combatan baxo de sus vanderas? ¿Por último, los príncipes que reynan hoy ocuparian todos sus tronos? ¿Qualquiera mutacion en ellos no podria acarrear otra política? ¿Las potencias, tantas veces engañadas, descansarian de repente en una seguridad que las perdiese? ¿Habrian olvidado el orgullo de este aventurero que tan insolentemente las trató, que se alababa de que los Reyes le hacían ante-sala, que hacía notificar sus órdenes á los soberanos, enviaba espías á sus mismas córtes, y decia en alta voz que antes de diez años su *dinastía* sería la

mas antigua de Europa? ¡Tratarán los Reyes con un hombre que les ha prodigado ultrages que no sufre un particular! A una Reyna encantadora, que era la admiracion de la Europa por su hermosura, su valor y sus virtudes, la adelantó la muerte con los mas baxos y groseros ultrages. La santidad y la decencia debidas á los Reyes no me permiten repetir las calumnias, las groserías, las soeces chanzas que prodigó á cada uno de estos Reyes, y ministros que hoy le dictan la ley en su palacio. Si las potencias desprecian individualmente estos ultrages, no se pueden ni deben despreciar atendiendo al interes y magestad de sus tronos: deben hacerse respetar de los pueblos, romper en fin la espada del usurpador, y deshonrar para siempre el abominable derecho de la fuerza, fundamento del orgullo y del imperio de Buonaparte.

Ademas de estas consideraciones particulares, se presentan otras de

naturaleza mas elevada, que por sí solas deben determinar á las potencias coligadas á no reconocer á Buonaparte como soberano.

Importa al reposo de los pueblos, importa á la seguridad de las coronas, á la vida y las familias de los soberanos, que un hombre salido de las heces de la sociedad, no pueda sentarse impunemente en el trono de su amo, ocupar un lugar entre los soberanos legítimos, tratarlos de hermanos, y encontrar en las revoluciones que le elevaron la fuerza necesaria para valancear la legitimidad de la cuna. Tal exemplo dado una vez al mundo, ningun monarca puede contar con su corona. Si es posible que el trono de Clodoveo en plena civilizacion, quede en poder de un corso, al paso que los hijos de san Luis anden errantes en la tierra, no hay rey que pueda asegurar hoy que reinará mañana. No hay que descuidarse; todas las monarquías de la Europa son poco mas

ó menos hijas de las mismas costumbres, y de los mismos tiempos, todos los Reyes son una especie de hermanos á quienes unen la religion christiana y antiguas memorias. Se acabó la antigua Europa si este grande y hermoso sistema llega á interrumpirse una vez, si nuevas familias se sentaren en los tronos haciendo reynar otras costumbres, otros principios y otras ideas; en pocos años una revolucion general habria cambiado la succesion de todos los soberanos. Deben, pues, los Reyes tomar la defensa de la casa de Borbon, como tomarian la de su propia familia. Este principio verdadero, con respecto á la monarquía, no lo es menos con relacion á los vínculos naturales. No hay Rey alguno de Europa que no tenga sangre de los Borbones en sus venas, y deba mirarlos como parientes ilustres y desgraciados. Bastantes lecciones ha recibido el pueblo de como se puede hacer vacilar los tronos;

á los Reyes toca demostrar que si es posible desquiciarlos, jamas lo será destruirlos; y que por fortuna del mundo las coronas no dependen de los sucesos del delito, ni de los juegos de la fortuna.

Importa tambien á la Europa civilizada que la Francia, que ocupa, digámoslo así, el lugar del alma y el corazon por su posicion y su genio, sea feliz, florezca y disfrute de paz, lo que no es posible lograr sino baxo el mando de sus antiguos Reyes. Qualquiera otro gobierno nos prolongaría las convulsiones que ya conmueven los últimos términos de la tierra. Solos los Borbones, por la magestad de su cuna, por la legitimidad de sus derechos, por la moderacion de su carácter, ofrecerán garantía suficiente á los tratados, y cicatrizarán las llagas del mundo.

Quando los tiranos reynan, todas las leyes morales están como suspensas, así como en Inglaterra, en

los tiempos de turbulencias, se suspende el acta en que reposa la libertad de los ciudadanos. Cada qual sabe que no obra bien, que su camino no es el recto; pero todos se someten, y se prestan á la opresion. Nos formamos una especie de conciencia erronea quando reyna el vicio, cumplimos escrupulosamente las órdenes mas opuestas á la justicia. Nos escusamos diciendo que vendrán dias mejores en que volveremos á disfrutar de los derechos de la libertad y de la virtud; que vivimos en tiempo de iniquidades, que es preciso dexar pasar, así como pasa el tiempo de la desgracia. Pero miéntras llega esta mutacion, el tirano hace todo lo que quiere; es obedecido, puede arrastrar á todo un pueblo á la guerra, oprimirle, pedirle quanto posee, sin que nada se le niege. Esto es imposible con un príncipe legítimo: baxo un cetro legal todo el mundo goza de sus derechos naturales, y del exercicio de sus vir-

tudes; si el Rey quisiera traspasar los límites de su poder, en todas partes hallaría obstáculos; todos los cuerpos harían reclamaciones, todos hablarían; se le opondrían la razon, la conciencia y la libertad. Esta es la razon porque Buonaparte, dueño de una sola aldea de Francia, es mas temible á la Europa que los Borbones con la barrera del Rhin.

Por lo demas, ¿pueden acaso los Reyes dudar de la opinion de la Francia? ¿Creen acaso que habrian llegado tan facilmente hasta el Louvre, si los franceses no los hubieran esperado como sus libertadores? ¿No han visto en todas las ciudades en que van entrado señales manifiestas de esta esperanza? ¿Se oyen otras palabras seis meses hace en Francia sino estas? ¿*Están ahí los Borbones*? ¿*Dónde están los príncipes*? ¿*Vienen*? ¡*Ah*! *si vieramos una bandera blanca*! Por otra parte todos los corazones aborrecen al usurpador: es tan grande el aborrecimiento que ins-

pira, que ha pesado mas en la balanza de un pueblo guerrero, que la dura presencia del enemigo; hemos preferido sufrir una invasion momentanea á exponernos á conservar á Buonaparte toda su vida. Si los exércitos se han batido, admiremos su valor, y lloremos sus desgracias; detestan al tirano tanto como los demas franceses; pero han hecho un juramento, y los granaderos franceses mueren víctimas de su palabra. La presencia de las banderas inspira fidelidad; desde el tiempo de los francos nuestros padres hasta nosotros, nuestros soldados hicieron un pacto sagrado desposándose, digámoslo así, con sus espadas: no equivoquemos pues el sacrificio del honor con el amor de la esclavitud. Nuestros valientes guerreros no esperan mas que verse absueltos de su palabra: reconozcan los franceses y los aliados á los legítimos príncipes, y al instante el exército, absuelto de su juramento, se pondrá baxo las

banderas sin mancha, testigos muchas veces de nuestros triunfos, algunas de nuestros reveses, siempre de nuestro valor, jamas de nuestra vergüenza.

Los Reyes aliados no encontrarán obstáculo alguno á sus designios si quieren seguir el único partido que puede asegurar el reposo de la Francia y de la Europa. Deben estar satisfechos de los triunfos de sus armas, que nosotros los franceses no debemos mirar sino como una leccion de la Providencia, que sin humillarnos castiga. Podemos asegurar que lo que hubiera sido imposible baxo nuestros legítimos príncipes, solo se podria verificar baxo el reynado de un aventurero.

Los Reyes aliados deben en adelante aspirar á una gloria mas sólida y duradera. Si rodeados de su guardia se dirigen á la plaza de la Revolucion, si mandan celebrar un oficio fúnebre en el mismo sitio donde fueron derribadas las cabezas de Luis

y Antonia, si este senado de Reyes, con la mano sobre el altar, rodeado del pueblo frances, arrodillado y llorando, reconoce á Luis XVIII por Rey de Francia, ofrecerá al mundo el espectáculo mas grande que se haya visto, y adquirirá una gloria que los siglos no podrán borrar.

Mas ya una gran parte de estos sucesos se ha verificado. Milagros han dado á luz otros milagros. París, á la manera de Atenas, ha visto dentro de sus murallas estrangeros que la han respetado en memoria de sus glorias y de sus hombres célebres. Ochenta mil soldados vencedores han dormido al lado de nuestros ciudadanos sin turbar su sueño, sin cometer la menor violencia, sin hacer resonar sus cantos triunfales. Son mas bien libertadores de la Francia que conquistadores. ¡Honor inmortal á soberanos que han podido dar al mundo tal exemplo de moderacion en la victoria! ¡Qué de injurias no tenian que vengar! Pero no han confundi-

do á los franceses con el tirano que los oprime. Asi que, han recogido el fruto de su magnanimidad: los habitantes de París, los han recibido como á nuestros verdaderos monarcas, como á príncipes franceses, como á Borbones: pronto veremos á los descendientes de Enrique IV; Alexandro nos lo ha prometido; se acuerda de que la partida de matrimio del duque y la duquesa de Angoulema está depositada en los archivos de Rusia. Ha sido fiel depositario del último acto público de nuestro legítimo gobierno; le ha traido á nuestros archivos, donde guardaremos tambien la relacion de su entrada en París, como uno de los mas grandes y gloriosos monumentos de la historia.

Pero no separemos de los dos soberanos que están hoy entre nosotros, á el tercero que ha hecho el mayor de los sacrificios en favor de la causa de los reyes y del reposo de los pueblos: ¡Ojalá que encuentre como Monarca y como padre la re-

compensa de sus virtudes, en el reconocimiento, en la ternura y en la admiracion de los franceses!

Franceses, amigos, compañeros de infortunios, olvidemos nuestras rencillas, nuestros odios, nuestros errores para salvar la patria; abracémonos sobre las ruinas de nuestro amado pais; llamando á nuestro socorro á el heredero de Enrique IV y de Luis XIV, hagámosle llegar á enjugar las lágrimas de sus hijos, á hacer la felicidad de su familia, y cubrir misericordiosamente nuestras llagas con el manto de san Luis, medio despedazado por nuestras manos. Acordémonos de que todos los males que sufrimos, la pérdida de nuestros bienes y de nuestros exércitos, las desgracias de la invasion, el asesinato de nuestros hijos, las turbulencias y desórden de toda la Francia, la pérdida de nuestras libertades, son la obra de un hombre solo; y de que todos los bienes opuestos á estos males los deberemos tambien á

otro solo hombre. Levantemos por todas partes la voz que nos ha de salvar, la voz que nuestros padres hacian resonar tanto en la desgracia como en la victoria; la que nos servirá de paz y de dicha: VIVA EL REY.

FIN.